

## ENFERMEDAD, CAMINO DE SANTIDAD

Teresa E. Anders\*

### 1. Crónica de las enfermedades padecidas por el Beato Josemaría. Entorno histórico

En el libro *Así le vieron. Testimonios sobre Mons. Escrivá de Balaguer*,<sup>1</sup> Juan de Contreras y López de Ayala, Marqués de Lozoya, destacó respecto del Beato Josemaría Escrivá: “Dios quiso elegir al Fundador del Opus Dei para hacer –con proyección de siglos– una siembra de santidad, de paz y de alegría, en medio del mundo. Le envió –como un juglar de Dios– para gritar a los hombres que la santidad no es cosa de privilegiados, sino la vocación y el destino común de todos los cristianos. En la oficina o en la fábrica; en la universidad o en el campo; todos –sanos o enfermos, pobres y ricos, jóvenes y personas maduras–, sin abandonar el mundo, ni todo lo humano noble y limpio, han de luchar por ser santos.”

La vida del Beato Josemaría Escrivá estuvo entrelazada desde su niñez con la enfermedad. Enfermedades que tal como predicó con el ejemplo –ese “ocultarme y desaparecer, que sólo Jesucristo se luzca”– eran sólo conocidas por muy pocos. En su persona descubrimos a

\* Abogada. Master en Derecho Internacional y Comparado. Representación y defensa en juicio de empresas públicas y privadas. Asesoramiento; [manders@ciudad.com.ar](mailto:manders@ciudad.com.ar)

<sup>1</sup> AA.VV. *Así le vieron. Testimonios sobre Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1992, p. 54.

Cristo crucificado y sereno en el Calvario por Amor, sabiendo hacer vida de su vida y llevando la cruz del dolor físico –en perfecta unidad de vida– con una sonrisa en los labios, amando e identificándose siempre y en todo con la Voluntad de Dios, con una alegría y serenidad contagiosas. Y en este vivir, identificarse y amar la voluntad de Dios nos enseñó a santificarnos en la enfermedad, y a ver en los enfermos un tesoro, otro Cristo.

La “crónica de las enfermedades padecidas por el Beato Josemaría” comienza en 1904. Con dos años de edad, cayó gravemente enfermo. Así lo relata Andrés Vázquez de Prada: “También por entonces, a causa de una grave enfermedad, estuvo a punto de morir (...) Familiares y amigos recordaban detalladamente el suceso, y cómo el niño había sido desahuciado por los médicos, que veían ya el desenlace fatal, inevitable e inmediato (...) Con mucha fe venían los padres pidiendo a Dios la curación del hijo (...) A la mañana siguiente, temprano, el Dr. Camps se fue a visitar de nuevo a la familia, para participar en su dolor, pues daba al niño por muerto. ¿A qué hora ha muerto el niño?, fue su primera pregunta al entrar. Y don José, con alegría, le contestó que no sólo no había muerto sino que estaba completamente curado”.<sup>2</sup>

Años más tarde, en los primeros días de octubre 1936,<sup>3</sup> época de la guerra civil española, y debido al grave peligro de perder su vida, el Beato Josemaría se vio obligado a refugiarse en una clínica psiquiátrica en Madrid, donde “sufrió un ataque de reumatismo agudo, que lo inmovilizó en la cama por una quincena”.<sup>4</sup>

En 1938, en Burgos, “perdió la voz y comenzó a echar sangre por la boca”,<sup>5</sup> pero los médicos no pudieron dar un diagnóstico certero. Durante esa misma época “viajaba con altas fiebres a otras ciudades”.<sup>6</sup>

El 17 de septiembre de 1939, fue a la catedral de Valencia a decir

<sup>2</sup> Vázquez de Prada, Andrés. *El Fundador del Opus Dei, I. ¡Señor, que vea!*, Madrid, Rialp, 1997, p. 29.

<sup>3</sup> Gondrand, François. *Al paso de Dios*, Madrid, Rialp, 1985, p.118.

<sup>4</sup> Vázquez de Prada, Andrés. *El Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1983, p. 172.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 191.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 192.

Misa. “No pasó del Evangelio. Repentinamente se sintió tan mal que tuvieron que ayudarlo a alcanzar la Sacristía (...) Prefirió pasar el duro trance en un centro de la Obra. En un pobre camastro sin colchón, cubierto con unos malos cortinajes (...) pasó horas tiritando de escalofríos y con algunas fiebres”.<sup>7</sup>

En 1944, “dispuesto a dar unos ejercicios espirituales de una semana a los agustinos de El Escorial, se presentó en el monasterio con más de 39 grados de fiebre (...) Las fiebres, debidas a un ántrax, le duraron todos aquellos días (...) Los médicos le examinaron el absceso del cuello. Se hicieron los análisis clínicos; y por los síntomas y malestares que venía arrastrando por algún tiempo (fatiga, furunculosis, sed, cansancios con fiebres y tendencia a la obesidad) se le diagnosticó una fuerte diabetes”.<sup>8</sup>

“Conservo el recuerdo imborrable de su llegada a Roma. Era el 23 de junio de 1946 (...) Aunque en aquel momento padecía una diabetes gravísima –hasta el punto que el médico que entonces lo atendía (...) había declinado toda responsabilidad sobre su vida si emprendía aquel viaje–, el 21 de junio el Padre se embarcó (...) El viaje hasta Roma (...) por aquellas carreteras destrozadas tras la guerra, fue interminable e incomodísimo, pero el Padre rebosaba de alegría, sin una queja (...) El Padre permaneció en la terraza toda la noche, rezando, sin dar importancia al cansancio del viaje ni a su falta de salud, ni a la terrible sed que le producía su enfermedad...”<sup>9</sup>

En 1947, la diabetes “que padecía era muy grave. Las pérdidas de glucosa le producían tremendo cansancio; la de líquidos le deshidrataban, estimulando el centro de la sed. El Padre vivía aquella situación (...) con gran espíritu de mortificación y alegría”.<sup>10</sup> “La enfermedad, una diabetes mellitus, seguía su curso desconcertante, y no se le encontraba remedio. Una dieta rigurosa le hacía padecer hambre. Los trastornos de azúcares en su metabolismo se manifestaban extemporáneamente: hemorragias,

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 203.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 238.

<sup>9</sup> del Portillo, Álvaro. *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, realizada por Cesare Cavalleri, Madrid, Rialp, 1993, pp. 12 y 13.

<sup>10</sup> Vázquez de Prada. *Op. cit.*, 1983, p. 246.

inflamaciones, jaquecas, neuralgias y postración física. Se le infectaban las heridas; se disparaban las fiebres; le atacaba rabiosamente la sed (...) nunca se le oyó un lamento”.<sup>11</sup>

Padeció diabetes desde 1944 hasta el día 27 de abril de 1954. “La enfermedad, muy grave y con efectos secundarios especialmente dolorosos, siguió su curso hasta el 27 de abril de 1954, fiesta de la Virgen de Montserrat (...) El 27 de abril le inyecté la insulina cinco o diez minutos antes de comer (...) Poco después de bendecir la mesa, me pidió con voz entrecortada: ¡Álvaro, la Absolución! Yo no le entendí, no podía entenderlo (...) Y por tercera vez, en muy pocos segundos dijo: ¡La Absolución!, *ego te absolvo...*, y en aquel instante se puso rojo y después de color amarillento, terroso (...) al cabo de trece minutos, cuando el Padre comenzaba a recuperar el conocimiento (...) cuando el médico salió, el Padre me dijo: Hijo mío, me he quedado ciego, no veo nada (...) Tuvo que quedarse varias horas en el comedor, porque no se podía mover y no quería preocupar a nadie. Después, empezó a recuperar la vista y le acompañé a su habitación”.<sup>12</sup>

“Le vinieron hinchazones y malestares. Antes, en 1966, le habían diagnosticado una insuficiencia renal, acompañada de cansancios y astenia. Después se le debilitó la vista”.<sup>13</sup>

“Hacia 1970 el corazón del Fundador se arrasaba en lágrimas ardientes, que le produjeron una grave irritación de ojos (...)”.<sup>14</sup>

Ya en 1972, el Beato Josemaría padecía de insomnio, y a pesar de sus años al “Padre le resultaba intolerable la tibieza de las sábanas, aunque le sobrasen pretextos para recuperar su desgastada salud”.<sup>15</sup>

Durante su visita a Perú, en 1974, “los médicos le obligaron a guardar cama, debido a una grave afección pulmonar”.<sup>16</sup> Fue a Ecuador “con la idea de recuperarse de la gripe, y resulta que cayó en el soroche”.<sup>17</sup>

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 253.

<sup>12</sup> *Ibidem*, pp. 228 y ss.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 367.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 366.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 382.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 461.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 461.

Desde que se adosó gafas en el seminario, su visión fue empeorando paulatinamente, sobre todo a causa de la diabetes y de sus secuelas. De forma que, con los rudos golpes de la afección pulmonar y el soroche, el organismo se debilitó y los ojos se le resintieron más aún. Hasta el punto de que, en los últimos meses de su vida, cuando alguien le preguntaba en medio de la multitud, distinguía su imagen muy borrosamente, como entre una bruma. Muy pocos estaban al tanto de su condición. Procuraba disimularla, y lo conseguía. Nunca llegó a angustiarse en tales circunstancias.”<sup>18</sup>

En 1975 “veía malamente de un ojo, el otro estaba amenazado de catarata (...) no tomó esta ceguera parcial como excusa para aflojar la marcha o desentenderse de los asuntos. Lo consideraba un percance más en la carrera de obstáculos que sufrió su cuerpo, aquel borrico de carga que tanto soportó”.<sup>19</sup>

El 26 de junio de 1975 fue a ver a sus hijas a Castelgandolfo. “Discurría plácida y amena la conversación (...) se sintió indispuerto. Se cortó. Le venían mareos. Y tuvo que retirarse a descansar unos minutos. Como no se reponía del todo, se despidió (...) Por el camino más corto enfilaron la ruta de regreso a Roma (...) Pasó por el oratorio e hizo su acostumbrada genuflexión: devota, pausada, con un saludo al Señor Sacramentado. Inmediatamente, se dirigió al cuarto de trabajo. Don Javier, que se había quedado atrás, para cerrar la puerta del ascensor, oyó que el Padre le llamaba desde dentro. Acudió.— ‘No me encuentro bien’, le dijo con voz débil. Acto continuo se desplomó”.<sup>20</sup>

## 2. Enseñanzas del Beato Josemaría en torno a la enfermedad. Años 1974-1975

Tuvimos el privilegio de contar con la presencia del Beato Josemaría Escrivá, en los años 1974 y 1975 en el “Cono Sur”. Durante su estadía, se llevaron a cabo tertulias generales, reuniones donde diversas personas

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 466.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 477.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 484.

inflamaciones, jaquecas, neuralgias y postración física. Se le infectaban las heridas; se disparaban las fiebres; le atacaba rabiosamente la sed (...) nunca se le oyó un lamento”.<sup>11</sup>

Padeció diabetes desde 1944 hasta el día 27 de abril de 1954. “La enfermedad, muy grave y con efectos secundarios especialmente dolorosos, siguió su curso hasta el 27 de abril de 1954, fiesta de la Virgen de Montserrat (...) El 27 de abril le inyecté la insulina cinco o diez minutos antes de comer (...) Poco después de bendecir la mesa, me pidió con voz entrecortada: ¡Álvaro, la Absolución! Yo no le entendí, no podía entenderlo (...) Y por tercera vez, en muy pocos segundos dijo: ¡La Absolución!, *ego te absolvo...*, y en aquel instante se puso rojo y después de color amarillento, terroso (...) al cabo de trece minutos, cuando el Padre comenzaba a recuperar el conocimiento (...) cuando el médico salió, el Padre me dijo: Hijo mío, me he quedado ciego, no veo nada (...) Tuvo que quedarse varias horas en el comedor, porque no se podía mover y no quería preocupar a nadie. Después, empezó a recuperar la vista y le acompañé a su habitación”.<sup>12</sup>

“Le vinieron hinchazones y malestares. Antes, en 1966, le habían diagnosticado una insuficiencia renal, acompañada de cansancios y astenia. Después se le debilitó la vista”.<sup>13</sup>

“Hacia 1970 el corazón del Fundador se arrasaba en lágrimas ardientes, que le produjeron una grave irritación de ojos (...)”.<sup>14</sup>

Ya en 1972, el Beato Josemaría padecía de insomnio, y a pesar de sus años al “Padre le resultaba intolerable la tibieza de las sábanas, aunque le sobrasen pretextos para recuperar su desgastada salud”.<sup>15</sup>

Durante su visita a Perú, en 1974, “los médicos le obligaron a guardar cama, debido a una grave afección pulmonar”.<sup>16</sup> Fue a Ecuador “con la idea de recuperarse de la gripe, y resulta que cayó en el soroche”.<sup>17</sup>

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 253.

<sup>12</sup> *Ibidem*, pp. 228 y ss.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 367.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 366.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 382.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 461.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 461.

Desde que se adosó gafas en el seminario, su visión fue empeorando paulatinamente, sobre todo a causa de la diabetes y de sus secuelas. De forma que, con los rudos golpes de la afección pulmonar y el soroche, el organismo se debilitó y los ojos se le resintieron más aún. Hasta el punto de que, en los últimos meses de su vida, cuando alguien le preguntaba en medio de la multitud, distinguía su imagen muy borrosamente, como entre una bruma. Muy pocos estaban al tanto de su condición. Procuraba disimularla, y lo conseguía. Nunca llegó a angustiarse en tales circunstancias.”<sup>18</sup>

En 1975 “veía malamente de un ojo, el otro estaba amenazado de catarata (...) no tomó esta ceguera parcial como excusa para aflojar la marcha o desentenderse de los asuntos. Lo consideraba un percance más en la carrera de obstáculos que sufrió su cuerpo, aquel borrico de carga que tanto soportó”.<sup>19</sup>

El 26 de junio de 1975 fue a ver a sus hijas a Castelgandolfo. “Discurría plácida y amena la conversación (...) se sintió indispuerto. Se cortó. Le venían mareos. Y tuvo que retirarse a descansar unos minutos. Como no se reponía del todo, se despidió (...) Por el camino más corto enfilaron la ruta de regreso a Roma (...) Pasó por el oratorio e hizo su acostumbrada genuflexión: devota, pausada, con un saludo al Señor Sacramentado. Inmediatamente, se dirigió al cuarto de trabajo. Don Javier, que se había quedado atrás, para cerrar la puerta del ascensor, oyó que el Padre le llamaba desde dentro. Acudió.— ‘No me encuentro bien’, le dijo con voz débil. Acto continuo se desplomó”.<sup>20</sup>

## 2. Enseñanzas del Beato Josemaría en torno a la enfermedad. Años 1974-1975

Tuvimos el privilegio de contar con la presencia del Beato Josemaría Escrivá, en los años 1974 y 1975 en el “Cono Sur”. Durante su estadía, se llevaron a cabo tertulias generales, reuniones donde diversas personas

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 466.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 477.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 484.

le hacían preguntas, muchas de ellas en torno a la enfermedad.

De las respuestas brindadas por el Beato Josemaría, deducimos cómo él vivió con entera paz y entrega a Dios –como venidas de sus manos– sus propias enfermedades, considerándolas como una verdadera bendición, mostrando con su ejemplo de vida que la enfermedad es camino de santidad, y enseñándonos a tratar a los enfermos. Digo “deducimos” porque de toda la bibliografía consultada no he encontrado dato alguno donde Monseñor Escrivá hablara de sus diversas enfermedades, y menos aún que se quejara por ellas.

Una vez más comprobamos, cómo hizo vida de su vida ese “ocultarse y desaparecer, que sólo Jesús se luzca”. Lo que Monseñor Escrivá decía en aquellas tertulias generales fue fruto de su experiencia personal, de la sobreabundancia de su vida interior, de la perfecta aceptación, unión de vida e identificación con el querer de Dios.

Amó la voluntad de Dios y se identificó con ella. Así, en Buenos Aires en el año 1974, en el Colegio de Escribanos, nos enseñó a amar las pruebas que nos envía el Señor, aunque nos cuesten y duelan aceptarlas, animándonos a decirle a Jesús que queremos lo que Él nos manda. El Señor es un padre que nos mira con cariño de madre, que es Omnipotente. Él no desea ningún mal para sus hijos. Al contrario, de las enfermedades, de los sufrimientos y del dolor sale mucho bien.

En aquella misma oportunidad, el Beato recordó un suceso ocurrido en el año 1931: “En el Hospital del Rey, por el peligro de contagio, muchos pacientes sufrían en aislamiento (...) había una paciente que se iba sin remedio (...) Administrada la Extremaunción, el sacerdote le ayudó a bien morir, al tiempo que instilaba en su alma un rocío de arrepentimiento: una letanía de piropos al dolor (...) Ella, venciendo estertores, repetía feliz, muy feliz: ¡Bendito sea el dolor!, ¡Amado sea el dolor!, ¡Santificado sea el dolor!, ¡Glorificado sea el dolor!...”<sup>21</sup>

Posteriormente, en el Teatro Coliseo, el día 26 de junio de 1974, el Beato comentó qué podían hacer los enfermos por la Obra, aparte de rezar y ofrecer. Les aconsejó aceptar la enfermedad con alegría, no

<sup>21</sup> Vázquez de Prada, Andrés. *El Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1983, p. 130.

protestar, ser sinceros, y cuando necesiten ayuda física, decirlo. Además, dejarse atender bien por el médico y por las personas que los cuidan.

Y el Beato Josemaría nos enseñó el secreto para amar la enfermedad, y en ese amor, en esa entrega nuestra a Dios, encontrar la alegría, un camino para ser santos. Cuando uno se abraza a la Cruz y la ama, encuentra la Cruz de Cristo. Ahora, la toma Él sobre sus hombros, y nosotros somos felices en la Cruz. “Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es tener la felicidad, la alegría (...); tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y por eso, ser hijo de Dios”.<sup>22</sup>

Finalmente nos enseñó que tenemos que cuidar a los enfermos con mucho cariño, que son un tesoro. Comentaba que no es malo estar enfermo, sino que lo malo es tener psicosis de enfermo, porque esas personas no dejan vivir a los demás, y no agradan a Dios. Pero una enfermedad que no se inventa es una bendición de Dios.

### 3. Algunos testimonios

Los dichos del Beato se ven ampliamente corroborados por los testimonios brindados por diversas personas –pero en mérito a la brevedad de esta ponencia sólo transcribo dos, que sabemos que en la realidad se multiplican por millares–, del libro citado al principio de esta ponencia. Entre ellos se destacan:

“(…) Esta disponibilidad total era la expresión de una caridad extrema que le hacía olvidarse de sí mismo para estar siempre pendiente de los demás. En los primeros años de mi trato con Monseñor Escrivá de Balaguer, quizá por el año 1941, la Acción Católica (...) organizó unos ejercicios espirituales para profesores y graduados universitarios (...) A los dos o tres días de empezar notamos que hablaba con cierta dificultad: se le habían inflamado las amígdalas y le supuraban. A pesar de estas molestias fuertes, y además pidiendo perdón por no poder pronunciar completamente bien, continuó predicando la semana entera, dejándonos fuertemente conmovidos”.<sup>23</sup>

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 125.

<sup>23</sup> AA.VV. *Op.cit.*, Testimonio Ángel Galíndez, p. 85.

“(…) Lo que se me quedó más grabado fueron algunos rasgos de su carácter, en especial su entusiasmo, su alegría (…) Vivir las contradicciones con una alegría grande, enraizada en un profundo espíritu de mortificación. Siempre, en todas esas ocasiones, le sostuvo una firmísima fe y esperanza sobrenaturales que le hacían olvidarse por completo de su persona (…)”.<sup>24</sup>

#### 4. Conclusiones

Quiero concluir este trabajo con una idea clara y precisa que me dejó la investigación y análisis de tantos libros y documentos consultados para hacer este apretado resumen. A la enfermedad la podemos vivir de dos maneras:

1. Buscando la santidad, siguiendo los pasos del Beato Josemaría, ocultándonos y desapareciendo, que sólo Jesús se luzca –hecho que se traducirá en una verdadera paz y alegría–, ¡porque sí!, ¡el dolor es compatible con la alegría! Y siempre con la ayuda de la Virgen María, porque si Ella estuvo al pie de la cruz de su Hijo, como madre nuestra, está junto a nosotros en cada momento y circunstancia de nuestra vida.

2. Como un pobre hombre. Digo pobre, porque cuando uno quita la dimensión sobrenatural a la realidad de la enfermedad y el dolor, la persona se sume (y también a los que lo rodean) en tristeza, angustia, un sinsentido.

El mundo está lleno de enfermos, personas que sufren física y moralmente. Cuánto cambiaría la vida de tantos, si conocieran este aspecto de la vida del Beato Josemaría e intentaran imitarlo. Cuánta paz llenaría sus días, cuántos nuevos santos habría en la tierra, y a cuántas personas podrían acercar a Dios.

<sup>24</sup> AA.VV. *Op.cit.*, Testimonio P. Silvestre Sancho Morales O.P., pp. 192 y 193.